

INCAS

¿Qué es lo que sorprende de estas civilizaciones amerindias? La primera evidencia, lo más obvio y resaltante, es el aislamiento. El XVI, debido a América, fue un estupor. Nathan Wachtel se pregunta en el inicio de su célebre libro (*La vision des vaincus*, Gallimard, París, 1971) por qué esas civilizaciones precolombinas ejercieron una suerte de fascinación. “Durante milenios ellas habían vivido aisladas del resto del mundo, en tanto que las otras sociedades en África, Asia, Europa, pese a la distancia, se conocían por los mecanismos de la influencia cultural y las recíprocas influencias” (p. 21). El hecho era de una radical novedad. Esas sociedades habían seguido vías totalmente independientes del Antiguo Mundo.

La segunda evidencia es el medio natural. Aztecas e Incas levantan una civilización “en las zonas frías” dice nítidamente Thomas Calvo.¹ “Por encima de los dos mil metros”. Los dos grandes imperios son de altiplanos (A. Rouquié). A partir de agricultores sedentarios, para lo que llama Calvo “genealogías multiculturales brillantes”. Es decir, los aztecas, herederos de Teotihuacán y de Tula en la planicie mexicana. Y de Chavín y de los costeños Chimú, en los Andes, los Incas. Ciertamente, hay dos excepciones, los chibchas en la zona templada de lo que es hoy Colombia, sedentarios y divididos en reinos, pero no levantaron un Estado. Y los mayas, el único caso de civilización

¹ Calvo, Thomas. *L'Amérique ibérique de 1570 à 1910*, Édition Nathan, París, 1994.



en un clima húmedo y tropical. Por lo demás, había millares de tribus instaladas en diversos nichos ecológicos. “El inmenso espacio americano no podía ser dominado en su totalidad” (Guy Martinière).² Sin duda, pero el hecho es que el dominio del medio ambiente se da en espacios de fuerte densidad de población y de altura. Es el caso de los Incas, desde el Cusco, a 3.650 metros sobre el nivel del mar. Y alrededor del lago Titicaca, a 3.800 o 4.000 metros de altura. ¿Regiones naturales, civilización, precondiciones? La geología y la geografía tienen la palabra.

LOS ANDES. UN TÍBET SURAMERICANO

Esa prolongada cordillera —que no es solo peruana— que bordea el océano Pacífico, abraza el Caribe hasta la Tierra de Fuego, englobando una superficie de 2,5 millones de km², solo es comparable al Himalaya y las altiplanicies del Tíbet. Un conjunto de montañas que se enrolla como una guirlanda en torno al Pacífico, con la parte contraria a sus cumbres que son las fosas profundas del océano. Es así cómo la describen dos grandes geógrafos franceses, que además trabajaron cierto tiempo en el Perú, Jean-Paul Deler y Olivier Dollfus (*Encyclopædia Universalis* 2012). Es una alta barrera de tierras (1,1 millón de kilómetros cuadrados a 2.500 metros de altura). Y un archipiélago interno, la Amazonía: “cuenca hidrográfica y el bosque tropical más grande del mundo”. Por el norte se pierde en las Rocosas. Por el sur, por poco, se continúa con la Antártida. La prolongada cordillera constituye al continente americano y le da su perfil geológico, geográfico y humano.

Nuestra primera independencia la obtuvimos en el cretáceo superior si entendemos lo que sostienen los geólogos. Nuestro libertador fue la tectónica de placas, el desplazamiento de continentes calculado en unos 2,5 cm² por año, lo cual suele ser más activo que algunas burocracias. Hay derivas que hacen que converjan las placas, otras que se alejen; o que se deslicen, son las peores. Flotamos sobre la litosfera y la deriva explica de paso la formación de cadenas montañosas, no solo los Andes sino los Alpes, los Apeninos, los Urales, entre otros. Y también las grandes fallas como la

² Martinière, Guy, Varela, Consuelo. *L'état du monde en 1492*. La Découverte, París / Sociedad estatal para la ejecución de programas del Quinto centenario, Madrid, 1992, p. 351 y ss.

de San Andrés, en California. Y obviamente, los terremotos. Las placas se construyen y se destruyen, sostiene Claude Allègre. “Se fabrican en el nivel de las dorsales oceánicas, esas largas cadenas submarinas de naturaleza volcánica que recorren los océanos formando una red interconectada. Se destruyen en un nivel de las grandes fosas oceánicas que bordean los océanos y que son las zonas de subducción” (*Diccionario del amante de la ciencia*, 2008).³ A Alfred Wegener, un modesto meteorólogo alemán, se le ocurrió la idea de la deriva de los continentes y la comunidad científica lo rechazó de mala manera. “Hoy son tantos los que trabajan sobre esa teoría que resulta sin autor, explica el fondo de los océanos, los volcanes, las cordilleras” (Allègre, *ibidem*).

Nos tomará un tiempo, unos 200 millones de años, rozar el Asia, entre tanto podemos reparar en otros rasgos de la cordillera que llamamos Andes.⁴ Inevitablemente unos siete países se pueden considerar andinos, a saber, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Argentina. No los hace del todo iguales, la Argentina solo una parte de ella es andina, al norte, el resto se abre al Atlántico. En ellos, también varía la población que vive en las montañas, pero todos son andinos en la medida que el espinazo de la cordillera distribuye espacios, ora hacia el lado amazónico, ora hacia las costas del Pacífico, ellas mismas, unas más anchas que otras. Aun para la franja de peruanos y chilenos que habitan la zona costera, lo biodiversidad en el mar que permite la pesca, el régimen pluvial (o su ausencia en el caso de la costa peruana), los comportamientos del Niño, la Niña, o eventualmente del Ñaño, no los exonera de la andinidad.

Nos debe ahora interesar un espacio preciso. Los Andes en el Perú. El Tíbet suramericano. La división en tres conjuntos geográficos —andino, amazónico y el desierto

³ Allègre, Claude. *Diccionario del amante de la ciencia*. Paidós Ibérica, Barcelona, 2008.

⁴ La palabra misma, “andino”, es un error en la toponimia. Nunca los incas lo usaron. Para los incas cusqueños, Andes era el lado del Este, o sea la zona amazónica, que nunca les despertó otra cosa que hostilidad o prudencia, de ahí la serie de fortificaciones que levantaron. Entre ellas, Machu Picchu. Esa gente de los Andes era parte de la barbarie. En el siglo XVI, los cronistas hablan de los llanos, la montaña o sierra y la selva. Cieza de León en un momento dice ‘sierra’ y a la vez ‘Andes’. ¿Y por qué se ha preferido decir cultura andina? Por dos razones, para la toponimia, sierra se dejó de usar en Perú. En cambio, la toponimia se mantuvo y se mantiene en México; a las cordilleras las llaman sierra madre occidental, sierra madre oriental. ¿Por qué desaparece el uso en el Perú? Lo normal es llamar a lo que está en la sierra, serrano. (En España se usa, serrano, gente de la sierra.) En gran parte por prejuicio racial. Serrano connota con indio, retrasado, pobre de solemnidad. Aceptemos con todo el uso. Se ha impuesto en las ciencias humanas, y las convenciones de lenguaje hay que aceptarlas.

costeño con sus oasis— no deja de ser clásica, escolar, pero qué remedio, es clara y eficaz. Hay otras clasificaciones, que atienden al desplazamiento de las poblaciones y las especializaciones, son formas de lectura de la geografía, de lo alto a lo bajo, o viceversa, que atenderemos en su momento. Quedémonos en los Andes peruanos, en la síntesis que hizo Dollfus para uno de sus libros. “Los Andes (meridionales) ofrecen el mayor volumen montañoso, 350 a 400 kilómetros de ancho, una altitud media próxima a los cuatro mil metros. Al oeste, por encima de mesetas onduladas que se convierten en vertientes que se dirigen hacia el Pacífico, se yerguen grandes construcciones volcánicas (cuando están aisladas, sus conos sobrepasan con frecuencia los 6.000 m o 6.435 m como el Coropuna). Y por encima, coronados de nieve pese a la sequedad de la atmósfera. En el centro, las altas planicies de la cuenca del lago Titicaca, situada a 3.800 metros, compartido por Bolivia y por Perú, encuadrados de altiplanicies, en los que resaltan las cimas glaciales de la Cordillera oriental. Profundos valles esculpen los flancos boscosos de los Andes cuando se aproximan a Madre de Dios” (Olivier Dollfus, *Le Pérou*).⁵ ¿Qué lección? Los contrastes, y las diferenciaciones del hábitat. No hay homogeneidad en ese espacio andino, quebrado, interrumpido, y a la vez, bioproductivo.

No nos sorprendemos que la lectura de otra disciplina, la antropología histórica, se inscriba en esa multiplicidad de posibilidades. Extendida, como sabemos, hasta el Cabo de Hornos, “la cordillera andina presenta una excepcional diversidad ecológica, praderas húmedas, cuencas templadas en los Andes (en Colombia y Ecuador) altiplanicies secas y frías en el sur (Perú y Bolivia), valles subtropicales cortando las laderas, llanuras al pie de montañas boscosas y húmedas hacia el este, franja costera desértica e interrumpida por oasis fértiles al sur, o cubierta por una densa vegetación al norte. Los andinos han sabido sacar partido de la variedad de recursos ofrecidos por estos diferentes hábitats, ya sea por la división de sus territorios entre varias zonas ecológicas o mediante la colonización y los intercambios”.⁶ La lógica de las civilizaciones se inscribe en ese espacio y en ese tiempo, de modo distinto y repetidas veces. Aparece tanto en la sierra como en los valles costeños. Chavín (1300-500 a.C.) en los Andes

⁵ Dollfus, Olivier. *Le Pérou*. PUF, col. ‘Que sais-je?’, París, 1983, “La nature”, p. 7 y ss.

⁶ Molinari-Fioravanti, A. En: Bonte, Pierre, Izard, Michel. *Dictionnaire de l’Ethnologie et de l’Anthropologie*, PUF, París, 1991, p. 79.

centrales. Mochica y cultura Nazca en la costa, (350 a.C. – 650 d.C.) Tiahuanaco que precede a la de Pucara, en el primer milenio. Huari, también en la sierra. Chimú en el norte costeño. Y jefaturas autónomas cuando estos centros ceremoniales (¿o microestados?) declinan. No podemos reducir el pasado prehispánico y las diversas “conquistas” del espacio andino a solamente al imperio de los incas. Aunque ellos, como lo hace creer Garcilaso, así lo hubiesen deseado. Todo lo anterior, fue “behetría”, desorden. El tema es exactamente lo contrario. ¿Cómo pudo vencer el centralismo inca ante la tradicional dispersión del poder en los Andes?

EL INCA, HIJO DEL SOL

El Inca reinaba porque era tomado como la encarnación de un poder extrahumano. El Inca, punto de encuentro del cielo y de la tierra, como el antiguo Emperador de la China. No lo olvidemos, hijo del Sol. Un dios viviente. Todo el resto, organización burocrática de la sociedad, vinculación entre ingeniería hidráulica cusqueña y aldeas autosuficientes, los principios mismos de complementariedad entre pisos ecológicos y poblaciones de aillus andinos, tenían un sustento, pero no es el que podemos pensar. El orden que nos admira hasta nuestros días no es sino las consecuencias de un hecho mayor: un poder centralizado y sacro. Piedra millar en la que todo el resto del edificio social se apoya. Admitamos ese hecho, y dejemos de discutir hasta el fin de los tiempos si los incas eran despóticos o paternos. La piedra central andina no es menos religiosa que la de una catedral gótica. Muchos estudiosos convergen en decir que el Estado fue el Inca. Mucho menos son los que dicen que el principio esencial de ese orden colectivo fue una religión oficial.

La religión era el eje de su organización productiva, su sistema político, de la representación de ellos mismos y del mundo. La incorporación, desde Louis Baudin, del apellido ‘socialista’ no es sino una exageración de profesor francés de economía de los años treinta, y nos ha hecho olvidar esa otra verdad suprema: los señores cusqueños eran la encarnación de una verdad trascendente, divina. Después de todo, no fue distinto el principio organizador en la India clásica, China antigua, México antes de Cortés y Japón moderno con un Emperador sagrado. ¿Por qué hemos creído que todo terminaba en Cajamarca?

Hay que volver a decir lo evidente. Machu Picchu es un santuario. El más grande altar del mundo, le escuché decir en el curso de su visita, a André Malraux. Cusco, cuyos barrios se extendían siguiendo un orden predeterminado, dibuja el perfil de un cóndor, animal totémico. La conquista fue lo que fue, porque murieron los dioses. No el fin de un régimen, de una sociedad, de un tiempo, sino el fin del mundo. El equivalente al Argamedón de los judíos. Los judíos no lo vivieron porque es universal. Ni en Treblinka ni en Auschwitz. Los indios sí. Murió Viracocha. Es decir, calló. El silencio de los dioses pesa sobre la pena indígena que persiste, pese a Arguedas y al rescate de alguna musicología que le ha querido prestar una nueva alegría pánica. Es la pena de un pueblo que sabe que los dioses pueden morir. Y que hoy cree, o parece creer, de manera distraída y casi agnóstica, en los cultos que han llegado del brazo de los dominadores, que tampoco creen en ellos. El indio será entonces más católico que el gamonal que lo explotara, o el estudiante revolucionario que le propondrá liberaciones sociales. El indio, desde hace cinco siglos, sabe que los dioses han muerto. Y quizá eso lo salva. En los tiempos contemporáneos creará en su comunidad, su familia extensa, en la red de sociabilidad consanguínea o laboral, o en sí mismo. Son cristianos a medias y a medias paganos. Creen y descreen a la vez. Por eso, el Reino del Perú no es el de la fidelidad.

Todo es signo. No todas las sociedades se organizan como la peruana. Cree el aldeano que su aldea es el mundo. Para un extranjero, o para el intelectual que haga el ejercicio de la distancia crítica, nada menos evidente que la religiosidad aculturada del pueblo del Perú, de su historia. Nada más misterioso, significativo, y por momentos, amenazador. Tienen una, pero no es la que pensamos.

EL ESTADO INCA

La etnia a la que iba a pertenecer el Sapan Inca hijo del sol tiene orígenes oscuros que se pierden en la bruma de tradiciones orales y de mitos, ora un origen montaños, ora amazónico, con una lengua propia que nunca compartió, y en los primeros tramos, una modesta dominación en torno al Cusco y unas cuantas tribus quechuas. ¿Cómo se convierte, en el apogeo con Huayna Cápac, en un imperio que se extiende por 4.000 kilómetros de norte a sur, con anchos de 250 km², en una superficie de 900.000 kilómetros cuadrados? ¿Cómo se impone a más de 70 etnias? ¿Cómo, si en su población total —entre 10 y 11 millones de habitantes— cuenta apenas 3

millones de quechuas? No nos vamos a lanzar en la explicación de sus instituciones sin previamente admirarnos de ese acontecimiento. El Estado Inca. Carmen Bernand, antropóloga francesa y profesora en la Sorbonne, lo dice con sinceridad: “la rapidez con la cual los Incas constituyen un Imperio tan vasto sigue siendo un enigma” (*Les Incas: Peuple du Soleil*. Gallimard, 1988).

De los Incas nos han dicho mucho, a menudo enjuiciamientos sabios, precisos. “Un Imperio joven y dinámico como el azteca, tan guerrero como él”, dice Michel Balard.⁷ “Pero el Imperio inca produce una civilización fundada en principios diferentes”. Sin duda, ¿pero cuáles son esos principios? La reciprocidad y la complementariedad, dirá alguno, reveladas por el aporte de John Murra. Cierto, pero esa es una regla de vida de los aillus que anteceden a los Incas y a la desaparición de estos, le sobrevive en forma de comunidades o de pueblos y aldeas hasta nuestros días. Pero en el auge, de 1453 a 1533, ¿qué explica la labor para crear obras colectivas, caminos, represas de agua, imponentes fortalezas en tan poco tiempo? La respuesta correcta sería “una fuerte organización social”. Justamente eso que no hubo antes de los incas cusqueños. Ni Tiahuanaco, ni Chavín dejaron de ser algo más que centros ceremoniales. “Sobre el techo del mundo —dice Balard— los quechuas llevaron a la perfección una organización social y técnica capaz de asegurar la abundancia a la población”.⁸ Cierto, pero ¿solo los quechuas, apenas una alianza de tribus? Eso también lo tuvieron los chibchas y no se habla para su caso ni de Imperio ni de Estado. Hubo un principio de jerarquía y el mando en autoridades que reúnen pueblos dispersos para hacer esas obras que hasta hoy nos asombran y que ni la colonia ni la vida republicana han podido superar. Todavía por plazuelas y fuentes del pueblo de Ollantaytambo, sigue corriendo el agua entre rocas talladas sin caños de cobre que terminan oxidándose.

Como hubo Estado, pudo también ocurrir que no lo hubiese. La integración de etnias en otros lugares del Perú antiguo, no conduce a que una minoría predomine como lo hizo la etnia inca, hasta deducir principios de organización, ciertas reglas que los unían y, sin embargo, guardando las diferencias. Y una jerarquización de un tipo particular, en lo alto una minoría dirigente al tiempo que establecía, en algunos casos de modo impositivo, ruedas locales a una maquinaria de poder centralista,

⁷ Balard, Michel, director. *Les civilisations du monde vers 1492*. Hachette, París, 1997.

⁸ Balard, Michel. *Ibíd.*

curacas, observadores y *tucuyricos*. Una combinación de centralidad cusqueña con jefaturas locales. Y de algo más, el uso del don y el contra don.

Proponemos el siguiente plan de explicación. En primer lugar, un vistazo somero al Estado inca, instituciones y los instrumentos del poder. El estatus particular de la etnia inca y sus relaciones con el conjunto social. En tercer lugar, sumariamente la discusión sobre la cronología de los Incas, asunto que define un tema, el momento en que se puede hablar de Estado inca y no solo un mero “señorío”. Desde las razones de su expansionismo. Solo entonces nos animaremos a proponer una lectura del tema del origen del Estado inca desde las actuales ciencias sociales.

DON Y CONTRA DON EN LOS ANDES

La idea de don es de uso corriente en la antropología. Es concepto que proviene de las costumbres observadas en sociedades tradicionales. Tras muchos informes y descripciones hechas por etnólogos, se constituye en noción decisiva. En sus inicios describe un acto: un regalo. El regalo es un don, que tiene un valor, tanto práctico como simbólico. Sobre todo eso último. Obliga a una respuesta: un regalo equivalente al regalo recibido. La cuestión del valor, aun sin dinero, resulta fundamental. La antropología pronto comienza a ver en el don el hilo que conduce a nexos, a relaciones sociales. En 1925 Marcel Mauss publica su “Ensayo sobre el don”, en francés.⁹ Los ejemplos de intercambio provienen, en ese momento, de Nueva Caledonia, de las islas Trobriand. El ensayo es traducido al inglés en 1954. En 1950, Claude Lévi-Strauss ha añadido al principio del intercambio de Mauss la idea de reciprocidad. En el ensayo de Mauss se muestra cómo el intercambio de objetos permite que grupos humanos estructuren sus relaciones sociales. En torno a tres obligaciones: dar, recibir, devolver. El don es gratuito —una invitación a cenar a una casa de amigos— pero no lo es del todo. Como se suele decir, “hay que corresponder”. Para nativos de islas remotas y para gente de sociedades industriales, el don es agonista, es decir, obliga a una retribución, y eso es el contra don. Lévi-Strauss extiende la regla de la reciprocidad a todas las sociedades tradicionales.

⁹ Mauss, Marcel. *Ensayo sobre el Don, forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Katz Editores, Madrid, 2009.

Después de Mauss, la noción del don no ha dejado de enriquecerse. Además de millares de etnólogos y antropólogos, gana la atención de filósofos y artistas. Mauss, como es sabido, conoce y se apoya en los trabajos de campo en Melanesia de Bronislaw Malinowski. En las islas Trobriand había observado a los isleños intercambiar productos regularmente y llamó a ese mecanismo el intercambio *kula*. Los nativos completaban su producción insular. Era una aplicación del don muy eficaz. El concepto se interesa por algo más importante que un regalo suntuario. Se trata de un sistema que sostiene otros sistemas. Fue en ese nivel de la teoría que John Murra va a retomar el tema al aplicarlo al mundo andino. Entre tanto, el uso del don permitía a los antropólogos comprender el papel del rito del *potlatch* en los indios del noreste de los Estados Unidos (*potlatch*, los jefes de clanes organizaban grandes fiestas en las cuales cada uno trataba de regalar algo más importante del que recibía, para ganar prestigio). Poco a poco la idea de un contra don se establece, en particular en los estudios de Maurice Godelier, *El enigma del don* (1969). A esas alturas, los estudios sobre el don cubren no solo la Melanesia sino Norteamérica y el África. En fin, el análisis de las sociedades a través del sistema del don y el contra don se desplaza a las sociedades actuales. Se piensa que el Internet libre es una de sus formas. La función del intercambio —en particular el que no es utilitario— se abre camino en el mundo contemporáneo. Casi como una alternativa al mundo capitalista de estos días. En resumidas cuentas, el principio de reciprocidad es un principio universal. Algunos lo tomaron como un rasgo particular de la civilización inca. Esa fue una reacción propia a los portadores de una visión etnocentrista de la historia, poco saludable.

Murra vino a estudiar el archipiélago andino. En particular la región Perú-Bolivia. Esta no se compone de islas rodeadas de mar como en el caso de la Melanesia. En los Andes el obstáculo no es las aguas sino la cordillera misma. Las islas andinas son valles y estepas a niveles de altitud diferente. Pero no por ello, los “navegantes”, en realidad los caminantes, tienen un obstáculo en el espacio. Los pisos altitudinales en los Andes se miden por los días que separan un núcleo de sus zonas de complementariedad, como lo veremos de inmediato. Hoy puede parecer algo banal, en realidad, la complementariedad ecológica y el control simultáneo por el mismo grupo étnico de territorios separados era algo que no se veía claro hasta los trabajos de Murra que mencionamos.

Recapitulemos. En 1922, es la fecha del ensayo fundador de Marcel Mauss. 1950, del concepto de reciprocidad de Lévi-Strauss. 1975, el año de publicación del trabajo

de John Murra. La cuestión, que resulta ser muy incómoda pero que no podemos dejar de formular, es la siguiente: ¿por qué una idea tan central de las ciencias humanas se aplica a los estudios peruanistas cincuenta años después? ¿Y por qué tuvo que ser un antropólogo americano el que tuvo que “descubrir” la lógica interna de las sociedades andinas? A Murra, todos le rendimos un culto de merecida admiración y agradecimiento. Hoy se le conoce los trabajos que se indican, sobre los lupacas, son de 1989 (de Flores Ochoa y de agrimensores franceses), y hay muchos otros. Sin duda es cierto que la orografía en verticalidad de los Andes había sido percibida desde hacía tiempo, desde los cuadros y textos de Alexander von Humboldt, sin olvidar a Pulgar Vidal. Pero “reciprocidad y complementaridad” como conceptos operativos son introducidos en la vida intelectual peruana solo con John Murra, gracias a Julio Cotler y Matos Mar, en el Instituto de Estudios Peruanos. Las dos cuestiones que se hacen en este párrafo significan descuido en el trabajo teórico y práctico. Hay que hacérsela a quienes dominaron universidades y centros de estudios de ciencias sociales tan desconectados con el movimiento y progresos de las ciencias humanas exteriores al Perú.¹⁰

MURRA Y EL ESTADO DISTRIBUTIVO INCA

La geografía peruana ha tenido bautizos que vienen del sentido común. A cada gran espacio, se le ha dado nombres que provienen de la tradición. Chala, yunga, quechua, puna. En efecto, son una lectura de la realidad. Y el geógrafo peruano Javier Pulgar Vidal había establecido ocho regiones. Sin embargo, el esquema de Murra permite pasar de la geografía a la antropología económica.¹¹

¹⁰ Murra descubre “los pisos ecológicos”, desde la escuela inglesa de antropología y en su estadía en el Ecuador. La pregunta es: ¿no se estudió en Lima a Malinowski? ¿O fue suficiente clasificarlo como “funcionalista” para desdenarlo? Son cuestiones que competen a la historia de la ciencias humanas en el Perú, por lo visto profundamente dañada por corrientes ideológicas que desdenaron durante el siglo XX todo lo que no fuera marxista. Ya se hará el rudo y necesario balance del destino de esas disciplinas en el Perú, y su contribución al retardo.

¹¹ Murra, John. *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Instituto de Estudios Peruanos (IEP), Lima, 1975.

¿Cómo se manejaron los antiguos peruanos ante tierras situadas en niveles distintos y además alejadas? Pongamos un ejemplo, el establecimiento de un grupo étnico, el lupaca, que controla una zona elevada del altiplano, a más de 3000 metros (tubérculos, cereales de altitud, pastos). Como esa producción local no cubre sus necesidades, deben descender a terrenos —propios a la misma comunidad— al nivel del mar, lo que significa unos 10 a 15 días de camino, y así cosechar maíz, pimientos, algodón y recoger el guano. Si por lo contrario necesita coca y madera, los encuentra traspasando la cordillera oriental, en los flancos de ceja de selva, a 10 o 15 días de camino. Estamos hablando de unos 20 mil hogares aimaras. En suma, la economía de un núcleo andino elevado se complementa con dos espacios, uno en la costa y otro en las vertientes que conducen a la Amazonía.

No nos detendremos en otros trabajos de Murra. Como el realizado sobre el tejido y su relación con la vida religiosa, social y económica inca. Como eran tratados como tesoros, entre otras cosas, por “la energía del trabajo” invertido en los tejidos (el tiempo, como medida de la calidad del producto). Ni sobre sus análisis sobre los quipus. La idea central de Murra es la del control vertical del máximo de pisos ecológicos en la economía andina, tesis de 1972, a partir —ya lo hemos dicho— de las *Visitas* en Huánuco y en Chucuito. De cómo las etnias disponían no solo de terrenos de puna, a 4.000 metros de altitud, sino de otras tierras cálidas, donde podían plantar y cosechar coca. Un sistema continuo de explotación en espacios discontinuos. Sin necesidad de dinero ni de grandes vías de comunicación.

El principio del don en los Andes calza perfectamente en lo que Mauss había previsto si al concepto se le daba un campo mayor de aplicación. El intercambio, en efecto, en sociedades tradicionales (y sin moneda) no solo podía limitarse al trueque de productos y bienes. “Son las formas de sociabilidad en primer lugar, luego los festines, ritos, servicios militares, mujeres, niños, danzas, fiestas, en ferias en que el mercado no es sino un momento de la circulación de riquezas dentro de un contrato mucho más general y mucho más permanente”.¹² Bien mirado, el Estado inca toma este principio, el don y el contra don, a una serie de niveles de la sociedad, vinculando capas sociales, en principio opuestas por la jerarquía social inamovible.

¹² Dortier, Jean-François. *Dictionnaire des sciences sociales, Éditions Sciences Humaines*. París, 2013, ‘Don’ p. 100.

El sistema del don, entonces, se aplica a tres niveles. Primero, runas y curacas

El campesino sedentario andino rinde al sistema el don del impuesto-trabajo. El *hataun runa*, jefe de familia y tributario, satisfacía sus necesidades en el *aillu*, pero trabajaba para las obras colectivas, o mitas, y mantenía al curaca. De su acumulación primitiva, partida en tres partes, una era para la familia y el grupo endogámico, la segunda iba al curaca, la tercera para el culto al Sol y al Estado. Cultivando tierras de esos poderes externos al *aillu*, o trabajos públicos. El segundo nivel de poder, el curaca, recibía el don de sus sujetos, a los que daba servicios, y él mismo daba servicios al Inca. El poder central, a su vez, recibía el don del trabajo y hacía la entrega del contra don, a saber: seguridad por el control del estado de los caminos y las postas de soldados, servicios en caso de emergencia, inundaciones o mala cosecha o terremotos (para eso, los almacenes o tambos). En fin, movilización de otros grupos humanos, de fuerzas de trabajo, para la construcción de obras; el don de ingenieros y amautas para acrecentar la infraestructura de una sociedad rural.

En segundo lugar, entre el clan inca y otras elites andinas

En la sociedad bajo dominación inca, don y contra don tienen diversas manifestaciones. ¿No eran cubiertos de halagos y regalos preciosos los curacas cuando eran suntuosamente recibidos por los Incas? ¿No dejaban sus hijos, los curacas, para que fuesen educados en el Cusco? ¿No era un pacto de alianza la entrega de mujeres selectas, para esposas a jefes de los clanes asociados? ¿No se prestaba mano de obra masiva con el traslado de los *mitmaq*, de un lado a otro del Imperio? ¿No hacían las etnias ligadas al expansionismo inca, don de sus guerreros a los Incas conquistadores en el periodo expansionista? ¿No era el contra don el que recibían los guerreros afortunados, luego de las victorias? Servidores, yanás.

La célula de base, el *aillu*, es un juego de don y contra don. De cada familia a la comunidad y de ella a la familia, mediante el *ayni*. Luego, curaca y *aillu*, el don de la ofrenda a la huaca, y la del espíritu que cada huaca cobija, las protecciones. Si nos colocamos en el otro extremo, en el clan dominante, un juego muy preciso de acuerdos circula entre *panacas* o familias dinásticas, vinculadas y rivales entre sí. Y luego, de todo el clan inca con sus asociados, incas de privilegio, curacas locales; o grandes

señores regionales, como los Chimú del norte. El Imperio era una gigantesca maquinaria de don y contra don. Ni socialista, ni despótico, ni tiránico, sino mecanismos de circulación de riquezas y honores, sin alterar la jerarquía. Murra nos deja ver el contrato social andino. No está en un libro. Ni en el libro de la natura. Se le puede leer escrito en las terrazas de los Andes, renglones de un texto gigantesco.

En tercer lugar, en la capacidad de conseguir un stock de parte del Estado, para poder hacer el don en caso de crisis. Este es un punto decisivo. Murra mismo se encargó de explicar el origen de su investigación, en 1992, celebrando los quince años de su hallazgo.¹³

Como toda teoría científica, hubo un punto de partida. Un fenómeno central — dice en esa ocasión — retiene la atención del observador. ¿Cómo, una sociedad preindustrial como la andina pudo llegar a tener tal densidad de población? Había habido trabajos que repararon en la existencia de etnias de pastores de llamas y de alpacas, los estudios de Flores Ochoa. ¿Por qué la preferencia por los pisos más elevados? Un argumento se podría encontrar en Huamán Poma: la necesidad de las altas montañas en tiempos de guerra. A Murra le pareció, sin embargo, que la razón de elegir la puna era otra. Esa zona de altitud, contrariamente a lo que se puede pensar, podía tener una alta productividad. “A los ojos de un europeo esas ventajas pasan desapercibidas”, dice Murra. Pero “las ventajas invisibles de la puna, si se la ‘domesticaba’, era precisamente el frío, la capacidad de deshidratar la papa, volverla chuño, y la carne, la de llamas, charqui”. En otras palabras, el grupo social que lo hiciera conseguía un stock de alimentos. Además, esas zonas de puna estaban vinculadas a zonas más bajas de agricultores sedentarios. El tema de la disposición de los Andes a productos fríos no era el de los Andes ecuatoriales de Colombia y de Venezuela, hecho que un geógrafo alemán, Carl Troll, había observado en el curso de sus viajes por 1968 y que Murra conoce y cita. Por eso ese tipo de Estado distributivo no podía surgir en el norte de los Andes sino en los meridionales, como en el Perú. Porque quien dice stock dice capacidad de un Estado para atender una población.

¹³ Murra, John. “Quinze ans après, un bilan de la notion d’archipel” (Quince años más tarde, un balance de la noción de archipiélago). En: Morlon, Pierre. “Comprendre l’agriculture dans les Andes Centrales, Pérou-Bolivie”. Institut National de la Recherche Agronomique, París, 1992, pp. 133-140.

No siempre las condiciones de abundancia evolucionan hacia un Estado. El caso de Hawái, es elocuente. Se quedó en una situación que Marvin Harris describe como “en el umbral de Estado”. Cuando el capitán James Cook, en 1778 —explica Harris—, Hawái estaba dividida en cuatro comunidades muy jerarquizadas. Entre 10 mil y 100 cada una”.¹⁴ “Eran estados populosos, con agricultura de regadío, patata dulce y el ñame como cultivos principales, y se criaban perros y cerdos para el consumo de la carne”. El don existía, “los *ali'i* (aristócratas) utilizaban los regalos para sus guerreros, sacerdotes y aliados”. En suma, las comunidades hawaianas habían alcanzado un estado estable pero no se puede decir, según Harris, que el desembarco de europeos les interrumpe. No iban a poder montar un Estado. Harris es formal “los jefes hawianos no poseían grano almacenable”. Podían tener almacenes, dice, pero no tenían maíz, trigo, o arroz”. Tenían patata dulce, que se pudre¡ Y no tenían ni chuño ni charqui. Así, para jugar al don y al contra don, los incas tenían no solo tambos o almacenes, sino un tipo de “moneda” más perdurable que la de civilizaciones en climas calientes. El núcleo social que desarrolló más rápidamente este tipo de servicios, en una sociedad agrícola siempre amenazada por el azar climático, sería aquel capaz de montar un sistema de compensaciones. En la región andina peruano-boliviana no solo había animales y plantas sino tubérculos y granos de elevadas altitudes como la papa y la quinua. Y llamas y alpacas, herbívoros. Y peces que se podían salar y guardar. El stock hace al Estado.

En suma, lo que Murra nos muestra es la racionalidad. La de los *aillus* (antes de los Incas, con ellos y luego sin ellos), y la del Estado inca (joven y reciente). Dos niveles, la actividad de las “colonias” de indios, desparramados en la geografía altitudinal de los Andes. Los núcleos por él estudiados son representativos de la generalidad de los *aillus*. Si esto es cierto, entonces quiere decir que la regla de la reciprocidad explica la continuidad de la cultura andina milenaria. Incluso sus expresiones religiosas y políticas, Tiahuanaco, Chavín, Huari, Incas. Estos últimos, se ven precedidos por el sistema distributivo que los *aillus* utilizaban desde la noche de los tiempos. En cuanto al otro nivel, se trata de entender el provecho que el Estado inca obtuvo de poder contar con el stock de alimentos en reserva.

¹⁴ Harris, Marvin. *Introducción a la antropología general*. Alianza Editorial, Madrid, 2004, “Hawái, en el umbral del Estado”, p. 413.

No hay, pues, ningún enigma en la aparición del Estado inca en los Andes. Además de esa ventaja climática, el stock se sirve de la fuerza de trabajo, de los hábitos de cooperación aprendidos en milenios para luchar contra la escasez del medio geográfico, de soldados que garantizaban la “*pax incaica*”, de alianzas de unas y otras etnias. El gobierno, como se dice hoy, no intervino en el modo básico de producción, que seguía siendo un asunto de unidad familiar y grupos llamados *aillus*. Lo que cuenta es que podía administrar un excedente de mano de obra para puentes, canales, y las admirables fortalezas... “en nombre del bien común”. Hegel habría aplaudido.